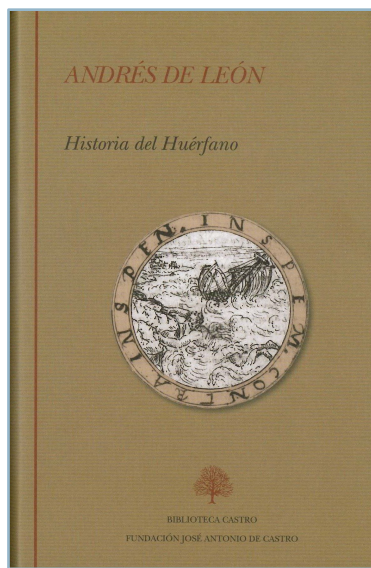


PALACIOS, Belinda, ed., Andrés de León, *Historia del Huérfano*, Madrid, Biblioteca Castro, 2017, ISBN: 978-84-1525-55-12. 394 págs.

Antonio SÁNCHEZ JIMÉNEZ
 Université de Neuchâtel (Suiza)
antonio.sanchez@unine.ch



La publicación en 2017 de la *Historia del Huérfano*, del malagueño Andrés de León, ha provocado estos años un merecido interés entre los especialistas, atraídos por la aparición de un nuevo texto de ficción en prosa relacionado con el virreinato de Nueva Castilla (el Perú), sobre cuya geografía y problemática tratan numerosos pasajes de este fascinante libro. Como explica la editora del texto, Belinda Palacios, este curioso híbrido de diversos géneros prosísticos del momento se produjo en el contexto del fervor literario que se vivió en el virreinato peruano desde comienzos del XVII. En efecto, el gobierno de don Juan de Mendoza

y Luna, marqués de Montesclaros (1607-1615), siguió una tradición de aprecio de las letras que había cuajado con la célebre Academia Antártica, y este ambiente privilegiado continuó tras el virreinato de Montesclaros, con el gobierno del príncipe de Esquilache (1615-1621). El grado de sofisticación de esta corte de «virreyes poetas» (tanto Montesclaros como Esquilache eran amigos de Lope y escribían versos) puede apreciarse por sus productos más célebres. Nos referimos a las obras del gran Pedro de Oña —tal vez el mejor poeta antártico de su tiempo—, pero también a la producción de toda una serie de ingenios que van apareciendo por las páginas de la «Introducción» de Palacios a esta *Historia del Huérfano* y que incluyen al peruano Bernardo de Montoya o al propio Andrés de León.

Palacios aclara que este León, también conocido como fray Martín de León y Cárdenas, nació en Archidona en 1584. Fue fraile agustino y estudió en Sevilla y en Salamanca, aunque pasó unos años muy importantes de su vida en el Perú, pues al poco de ordenarse sacerdote en 1610 o 1611 se instaló en Lima, donde formaría

parte del círculo poético del marqués de Montesclaros, quien sabemos le tuvo en gran aprecio y debió de apoyar su meteórica carrera eclesiástica. En efecto, tras regresar a España a finales del reinado de Felipe III, León logró los obispados de Trivento (1629) y Pozzuoli (1630), y, finalmente, el arzobispado de Palermo (1650) e, incluso, el cargo de presidente y capitán general del virreinato de Sicilia (1651).

Estamos, pues, ante un típico ejemplo de alto funcionario de la monarquía. Se trata de un hombre que recorrió sus posesiones en España, las Indias e Italia y que apoyó sus designios mediante su gobierno y pluma, como se trasluce, por otra parte, de los pasajes dedicados a problemas peruanos de la *Historia del Huérfano*.

Este texto es una de las dos obras que se le conocen a León (la otra es la *Relación de las exequias que el excelentísimo señor don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, virrey del Perú, hizo en la muerte de la reina nuestra señora doña Margarita*, Lima, 1613) y se conserva manuscrito en la Hispanic Society, en un códice preparado para la imprenta que por motivos ignotos jamás llegó a las prensas. Como aclara la editora con un juicioso uso de la teoría literaria de Lejeune (1975) y May (1982), la *Historia del Huérfano* es una ficción biográfica, y concretamente una biografía ficticia. De hecho, el mecanismo base resultará familiar para muchos lectores, pues está presente en algunos textos áureos como la autobiografía de san Ignacio recogida por el padre Luis Gonçalves da Cámara. Como la célebre vida de Loyola, en la *Historia del Huérfano* la vida del protagonista se presenta a través de un biógrafo (la voz autorial) a quien aquel supuestamente se la contó en diversas entrevistas. Sin embargo, y como aclara Palacios tras una encomiable labor de investigación, el caso de la *Historia del Huérfano* es diferente del que acabamos de señalar porque el Huérfano es un personaje ficticio. Y es que, aunque recorrió gran parte de los escenarios que conoció León, también se movió por otros (la Puerto Rico que asaltó Drake en 1595, por ejemplo) que, en principio, el autor de la obra solo conoció por obras literarias (*La Dragontea* de Lope) o históricas (las numerosas relaciones que circularon acerca de ese asalto de 1595). Es más, este carácter ficcional sitúa la obra en la órbita de los diversos géneros que aprovechó León para su *Huérfano*, texto variado y misceláneo donde los haya: no solamente muestra influencia de la autobiografía de soldados (relaciones sobre la vida de estos) o de la novela bizantina, sino que incluye pasajes enteros de obras como el *Tractado del consejo y de los consejeros de los príncipes*, de Bartomeu Filippe (1584), entre otras, en digresiones que se insertan en la *Historia del Huérfano* entre las muchas aventuras que le acontecen al protagonista.

Como es costumbre en los textos de la Biblioteca Castro, el volumen que nos entrega Palacios viene sin notas, pero con una apasionante y erudita introducción en que la editora desglosa las cuestiones arriba citadas y alguna más, evidenciando que estamos ante una edición definitiva de un texto interesante por las circunstancias en que se produjo (el citado ambiente del Perú de Montesclaros), pero también por méritos propios. Estos nos recuerdan la efervescencia de la prosa del reinado de Felipe III, tan propensa a la heterogeneidad genérica, a la novela de aventuras y a la exploración de las digresiones. Además, el ameno estilo de León y la temática que toca hacen el libro una lectura agradabilísima, llena de descripciones de lugares de América (la ínclita Ciudad de los Reyes, Lima, Puerto Rico, etc.), de aventuras y desplantes más propios de un valentón que de un fraile arrepentido, de recomendaciones para el buen gobierno de Indias, etc.

Poquísimas sugerencias permite un trabajo tan pulcro en cuanto a la puntuación, criterios de edición e introducción. Tal vez quepa solamente señalar una errata (el apellido de don Antonio R. Rodríguez-Moñino se escribe con guion, pues se llamaba Rodríguez Rodríguez-Moñino) y una duda, la relativa a los motivos tras el nombre que el autor elige para firmar el libro (Andrés, no Martín) y a su presentación como «vecino de la ínclita y nobilísima ciudad de Granada», problemas que no aparecen aclarados en la Introducción. En cualquier caso, estas dudas tan mínimas no son óbice para que consideremos la obra excelente, modélica incluso, y una lectura muy recomendable.

Obras citadas

LEJEUNE, Philippe, *Le pacte autobiographique*, Paris, Seuil, 1975.

MAY, Georges, *La autobiografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.